VARIA

MANUSCRITOS MONTAÑESES

Don Francisco de Montes Calvea y Pérez, Teniente general de la armada, Caballero de Santiago (se cruzó en 1789) nació en San Mamés (Polaciones). Fernández de Navarrete (Biblioteca Marítima Española. Tomo I Madrid 1852, pág. 480), dice de este ilustre general que «Escribió siendo capitán de navío: «Discurso instructivo sobre los movimientos más importantes y útiles de la táctica naval. Madrid, imprenta de la viuda de Ibarra, año 1789.» Un cuaderno en 4.° De este ilustre militar he visto en el archivo de la familia de Montes que se conserva en Tresabuela: «Memoria que trata del ángulo más ventajoso / que debe formar el timón de la nave con la prolongación / de su quilla para que produzca el máximo efecto de rotac/ión. Manifiesta también varios métodos para batir con / ventajas un buque a otro, y defenderse; con algunas manio/bras y movimientos para abordar un buque a otro, y la eje/cución de las que convienen al que intente evitar su conse/cución.

Por D^n^ Fran^co^ De Montes, Ca/vallero del Orden de San/tiago i Gefe de Escuadra / de la R^l^ Armada» M. S.

Sin foliación treinta hojas y dos croquis hechos a pluma: letra clarísima.

Mapa M. S.

«Camino / de Guayaquil a Quito / Consta de noventa leguas, diez y ocho jornadas.»

Mapa en colores, con hermosos dibujos a pluma. Es el trazado de un camino entre ambas poblaciones que Montes creía más fácil que el que en sus tiempos se usaba, parte en barco y parte en tierra.

En el mismo archivo vi un mapa y plano en colores del puerto de Málaga a fines del siglo XVIII, está sin firma, aunque le creo del mismo autor.

Es el principio de un diario de viaje que no escribió Montes.

En la «Relación de servicios del Jefe de Escuadra don Francisco Montes» que se guarda en el archivo que he indicado en Tresabuela, se lee:

«He hecho, escribe don Francisco, observaciones de Lon^d^ y Lat^d^ en la América Septentrional para fijar las posiciones de varios

lugares de la costa de la Florida, canal de Bahama, y Viejo, Isla de Cuba, seno mexicano y sondas de Campeche y Tortuga y también del giro y velocidad de las corrientes en estos parajes que fueron elogiadas p^r el Ex^mo S^or D^n Juan de Lamgara, Director General de la Armada a quien fueron dirigidas por el Ex^mo S^or D^n Gabriel de Aristigabal com^te (comandante) gral de la esq^ra de dha América.» Estas memorias no es difícil que esten en el Archivo de la Dirección de Marina.

MATEO ESCAGEDO.

UNAS NOTAS DE D. ANGEL DE LOS RIOS

Poseo un ejemplar del *Ensayo Histórico, etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos desde el siglo X hasta nuestra edad* anotado de mano de su propio autor don Angel de los Rios, el celebérrimo hidalgo de Proaño.

Tal obra harto conocida y estimable, fué premiada por la Real Academia Española en el concurso de 1869 y 1870, no obstando la cual distinción para tenerla en poco estima su autor. «Ahí tienes, querido hermano Julián, la menos trabajada y la mejor recompensada de todas mis obras», dice textualmente la dedicatoria de mi ejemplar.

Las notas que a continuación publico son seis y en ellas campea su habitual y desordenada condición y su temerario arrojo para sentar hipótesis históricas y filológicas.

La primera la escribe en el margen de la página 21, con motivo de una discusión sobre la influencia griega en el nombre de Castillla; para reforzar su hipótesis, cree hallar vestigios indumentarios de tal influencia en el traje de algunas comarcas de Vizcaya, igual al que los griegos llamaban *palio*. Dice así la nota: «Casi igual es el que se describe (el traje) en la vida de Ludovico Pío, como propio de los vascones y aquitanos, en cuya tierra se crió, y fué presentado en el mismo traje a su padre Carlomagno, con otros muchachos de su edad y educación.

»Todavía en el siglo XVI se usaba en la Montaña y provincias vascongadas llevar a todas partes un venablo o lanza corta arrojadiza, arma característica del país desde los cántabros independientes. Al entrar en las iglesias se dejaba a la puerta y recuerdo haber leído un documento en que esto se censuraba diciendo que parecían arsenales las entradas de las iglesias. Tan arraigada estaba la costumbre que en un romance sobre la entrada de Francisco I en Barcelona se